

La debilidad del superhombre

La puta me pregunta si sé quién es Nietzsche. Es una pregunta retórica evidentemente. Lo pregunta después de que me haya corrido, lo pregunta mientras enciende un cigarrillo y observa cómo mi corpachón permanece jadeante, lo pregunta mientras permanezco con la mirada perdida en el vacío. Se trata de una respuesta a una pregunta previa mía, una pregunta sobre su chulo. Es ahí que mientras da otra calada con esa pasividad tan exclusiva de las meretrices, añade con acento argentino, que si supiese quién es Nietzsche sabría quién es el superhombre, y entonces sabría quién es su chulo, porque su chulo es el puto superhombre. Eso dice mientras me dedica una mirada desgastada.

Mientras le robo un cigarrillo reconozco que nunca he conocido a ningún superhombre y pregunto cómo son. La fulana sonríe y responde tras dar una calada con cierta condescendencia, para Nietzsche el hombre es un ser miserable e inmundo, un ser a medio hacer, un puente entre la bestia y el superhombre, un paso de la pura animalidad a la superhumanidad. Eso dice la argentina que quizá fuera otra cosa antes que puta.

Quedo quieto, salvo por el gesto de encender el cigarro, un gesto lento, como lo es la calada subsiguiente. Así que en opinión del Nietzsche ese hay seres superiores e inferiores y en esa escala su proxeneta está por encima de mí. Lo digo sin sorna, sin el menor matiz irónico, como la reflexión de quien se encuentra bajo un estado narcótico. La muchacha deja entrever entre el humo del cigarrillo un gesto de altiva superioridad algo forzado, como cuando quieres insultar sin que se note, y comenta que todo acto humano está motivado por la voluntad de poder, el poder no solo sobre otros, sino sobre uno mismo, y su chulo tiene mucho poder. Eso dice Nietzsche con acento porteño por boca de una ramera. Muestro algo parecido a una sonrisa, evidentemente no es una sonrisa puesto que soy incapaz de sonreír, se asemeja más a una extraña mueca, y es ahí que expreso mi asombro por el hecho de haber conocido putas que respetaban a sus chulos, pero nunca con la veneración que muestra la argentina. Por lo general el temor es el nexo de unión entre prostituta y proxeneta, la admiración es un sentimiento inédito entre ambos colectivos. La argentina no

responde, se limita a observarme sentada en la cama mientras deja caer la ceniza sobre la sábana. Tengo que ser yo el que reinicie la conversación apuntando que no me parece que haya que ser filósofo para saber que hay hombres más fuertes que otros, eso es una obviedad, lo que ya me cuesta más aceptar es que exista alguien que sea intocable, invulnerable, inmune y esté por encima de todos, ese supuesto superhombre. Me pregunto cómo se llega a ese estado. La joven porteña no responde de inmediato, le mosquea que pregunte por su chulo, por eso mantiene esa pose distante y curiosa de quien sospecha que algo se le escapa, por eso me escruta, analiza mis toscas formas intentando adivinar por qué pregunto cosas que no debo preguntar. Sin embargo, finalmente responde, diciendo que yo soy el camello que todavía está impregnado de la moral de esclavos y que soporta el peso de la carga con paciencia, y que tendría que levantarme contra la moral de los esclavos para convertirme en león, y que solo tras romper las cadenas de la esclavitud me transformaría en niño, puro e inocente, con una nueva tabla de valores. Eso dice fulana metida a divulgadora filosófica. Así que el macarra que te chulea primero fue un camello, luego un león y finalmente es un niño, comento mientras doy caladas con los ojos cerrados. La muchacha no responde, se limita a observarme cada vez más inquieta. No le gusta hablar de su chulo, pero le gusta menos que lo quiera hacer yo. No es un tema para hablar con clientes. Quiere asustarme, quiere indicarme que hay dolor en ese camino, pero yo insisto. Así que ese poder, esa voluntad de poder, del superhombre, le hace intocable para alguien como yo, un miserable e inmundito camello. Eso digo, con la cadencia del que escucha gotear cada palabra. Lentamente, de un modo tan perezoso que alerta a la prostituta. Y así ésta replica, con un nerviosismo hasta ahora inédito, que su chulo es un ser con plenitud de poder y de dominio sobre sí y sobre los demás, con una voluntad de dominio, de agresión y de sentimientos hacia lo ajeno, la voluntad de poder, así es él. Eso dice la cada vez más tensa muchacha. Lo dice sabedora de que yo no estoy entendiendo una mierda. Tengo aspecto de ser otro analfabeto marginal nacido en el gueto, otro bravucón más de los muchos que se ha follado incapaz de entender lo que me sugiere entre líneas, que deje de preguntar por alguien que puede hacerme mucho daño y me meta en mis putos asuntos. El cigarrillo se acaba, así que me incorporo y alcanzo el vaso terciado de tequila que reposa sobre la mesilla, lo mato de un solo trago.

Es entonces que digo lo que digo, y lo que digo es que me gustaría conocer a un superhombre, sí, tengo una enorme curiosidad, me apetecería conocer a su chulo. La joven argentina no se mueve, no gesticula, no pestañea, se mantiene congelada con esos enormes ojos negros muy muy abiertos. Es ahora que empieza a intuir que no sabe lo que saben los camellos de la calle de enfrente, o lo que el portero del garito donde trabaja conoce, o de lo que algunos clientes de abajo están al corriente, y es que ella no me conoce, y ellos sí.

A mi llegada, los camellos de la esquina han tardado poco en visionar mi deslavazada figura, siempre atentos, siempre alerta sabedores de que les va la vida en ello, han identificado mis andares con los del depredador y han erizado los pelos de sus nuca. Ellos sí saben quién soy, por eso han bajado la mirada y girado sus rostros. No quieren nada con la bestia, no quieren nada conmigo porque no hay nada bueno en mí. Lo mismo ha ocurrido con el portero de este lupanar. El fornido ucraniano ha tardado más en identificarme, pero a veinte metros ya ha maldecido en voz baja y murmurado algún conjuro en su idioma. El supersticioso gigante cree que Satán vela por mí, y por eso se ha limitado a apartarse atenazado dejando que fuese yo quien empujase el portón del antro saturado de tabaco, colonia barata y sexo rancio. Lo mismo ha ocurrido con algunos de los parroquianos que se solazan con carnes de pago sobre mesas saturadas de alcohol. Las verticales pupilas de reptil de los más avisados, de aquellos cuyas lenguas bífidas de ofidios han detectado un tufo reconocible, el mío, el tufo del matón, de ese al que no hay que tratar salvo que quieras contratarlo para que cause dolor. Pero la puta desconoce quién soy, lleva poco aquí, para ella solo soy otro puñado de billetes, un puñado de billetes feo y grande repleto de tatuajes y cicatrices. La novata meretriz sí es capaz de olisquear cierta toxicidad en mi sudor, pero se siente segura, porque su superhombre vela por ella, por eso me vacila, hace algo poco aconsejable, juega con mi ignorancia, con el hecho de que sea una mole iletrada que sabe poco de filósofos alemanes. Hasta este preciso instante.

¿Cómo podemos hacer que el superhombre venga? Pregunto a la cada vez más aterrada prostituta, podemos llamarle, llamarle a gritos, añado sonriendo, y es entonces que agarro la botella

de tequila, la rompo contra la mesilla y encaro con ella a la muchacha argentina, ésta hace lo que debe hacer, grita horrorizada.

Los gritos no duran demasiado tiempo, hay un tiempo de reacción estudiado para este tipo de casos en cualquier burdel tipo, un protocolo. Siempre puede haber un cliente excesivamente drogado que se pase de la línea y pueda estropear el género, por eso hay que reaccionar rápido, y esa reacción llega cuando la puerta se abre violentamente.

Es un albanokosovar con el pelo engominado el que entra aceleradamente. Ni siquiera va armado, ¿por qué habría de estarlo? Por lo general solo hay que tratar con un puto borracho que se envalentona con la chica, pero se achanta frente a los matones. Fácil. Sencillo. Pero esta vez la cosa es distinta, para empezar el proxeneta está solo, no le acompaña el ucraniano de la puerta, y no lo hace porque el ucraniano supo al verme que Satanás había elegido este lugar para un aquelarre, y no está, ni estará. El albanokosovar, el chulo, el superhombre, no es consciente de eso, pero intuye que algo raro pasa cuando al entrar ve a la muchacha acurrucada en un rincón y a mí esperándole, ahí nota, quizá por la extrema calma de mi rictus que algo va mal, quizá por eso o porque una manaza ha frenado en seco su violento impulso al entrar, aprovechando esa impetuosidad para que algo parecido a un vidrio roto le cercene la yugular a una velocidad prodigiosa.

El superhombre se desangra entre agónicos sonidos guturales sobre una fea alfombra en la fea habitación de un feo prostíbulo, y eso es innegable. Mientras ocurre me aproximo a la aterrorizada argentina, aproximo mi feo careto al suyo y le pregunto ¿qué es la voluntad de poder? Lo hago en voz baja, con la voz calmada del tardo, mientras sujeto el vidrio ensangrentado. La muchacha abre la boca y tras varios intentos consigue vocalizar algo, algo parecido a que es la ambición de lograr tus deseos, la demostración de fuerza que lo hace presentarte al mundo y estar en el lugar que sientes que te corresponde, eso responde. Mientras lo hace entiende que yo siempre logro mis deseos, y que la demostración de fuerza que acaba de ver es para presentarme e indicarle que estoy en el lugar que me corresponde, en el averno, y que en este agujero malsano que es el gueto no hay superhombres, solo bestias, animales. Es una advertencia y ella sabe el porqué.

Puede pasar que seas un depredador, un ser malo y peligroso que caza en los lodazales, puede pasar que seas un proxeneta que junto a tus putas filmas a pobres clientes a los que luego extorsionar. Es sencillo, solo tienes que dejar la carne en medio del barro para que resulte visible a las presas, y cuando los libidinosos burguesitos se lanzan a copular, los grabas, y luego les preguntas el dinero que cuesta que sus esposas no lo sepan, que sus hijos no se enteren, que sus feligreses, que sus socios, que sus votantes no lo conozcan. La respuesta es “todo el dinero”. La cantidad pagada nunca será suficiente, siempre se necesitará más, y más, así hasta que el pobre desgraciado no tenga nada. Así se caza. Así cazan las bestias en el averno. Pero puede pasar que un día el cazador intente ingerir algo que no puede tragar. Puede ocurrir que intentes morder algo cuya piel sea demasiado correosa, algo que se revuelva y termine inoculando algún puto veneno en tu yugular. En el gueto, en el lugar donde todo mata, en esta alcantarilla donde solo lo malo alcanza la superficie nada es inocuo, todo muerde. Así, el agresivo chulo, el peligroso matón equivoca la víctima, no detecta los llamativos colores que avisan de la peligrosa toxicidad y la inocente ranita se convierte en letal. Así es, el tipo gris, el tipejo con aspecto estúpido, la víctima fácilmente intimidable resulta ser jodidamente peligrosa. Y es peligrosa no porque tenga colmillos o garras, es peligrosa porque conoce a un policía que conoce a un cabrón que conoce a un hijoputa que me conoce a mí. Y ese tipejo anodino y blandito, esa pastosa masa con aspecto humano que sería fácilmente deglutible, decide que en vez de darte el dinero para que silencies su vicio, va a dármelo a mí para asegurarse de que no jodes su vida personal y profesional. Así es cómo se caza. Siempre hay alguien más fuerte, alguien más grande, algo con más dientes, siempre hay algo más peligroso escondido en la maleza. Y eso es lo que no entiende el jodido Nietzsche, que lo que se yergue sobre los demás no tiene que ser necesariamente lo más evolucionado, ni siquiera algo que haya vencido al hombre mediante la superación, ni que haya vuelto a la animalidad primitiva, no, es algo más sencillo, se trata de algo que siempre fue animalidad primitiva. De nada sirve ser un puto superhombre si un ser a medio hacer pueda contratar a una bestia primitiva como yo para joderte.